

# LA LUZ DEL PORVENIR

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO:—El Oasis.—La gran ley.

## EL OASIS

### I.

No somos amigos de los pesimistas, porque todo lo ven bajo un negro crespón, ni tampoco de los optimistas porque todo lo contemplan tras de un prisma de color de rosa, y aunque estos últimos son felices, pues hay que atenerse á lo que dijo muy sabiamente Campoamor:

«En este mundo traidor  
Nada hay verdad ni mentira,  
Todo se vé de color  
Del cristal donde se mira.»

Sin embargo, sobre todos los pesimismos y optimismos, hay una sensación suprema que hace al hombre feliz, lo mismo en una choza de verde ramaje, que bajo el purpúreo dosel de un trono. Este es el sentimiento paternal; hace algunas horas que nos hemos convencido de lo que decimos.

Tenemos unos buenos amigos que hace tres años se vieron, simpatizaron, y se unieron con el lazo indisoluble del matrimonio, un niño vino más tarde á pedirles hospitalidad y protección, ellos le recibieron con *palmas y olivas*, y nunca nos creemos más dichosos que cuando estamos bajo el techo que cobija á nuestros buenos amigos.

Su casita parece una jaula colgada del techo, por lo alta y alegre, es un piso cuarto circundado de aire sano y rayos de sol que penetran en las habitaciones por pintados y anchos balcones, en los cuales se asoma con frecuencia un niño pálido y delgadito que cuenta nueve meses y que ya revela en sus ojos que su espíritu es viejo en el arte de vivir, puesto que hace ensayos para correr.

Sus padres le adoran, y nada más conmovedor que cuando el pequeñuelo por la mañana temprano duerme tranquilamente en el lecho de los autores de sus días, y estos, le contemplan diciendo el padre: Que nadie me diga que soy pobre, que no puede ser pobre quien tiene un hijo como este. Es un niño de veras..... Sí, sí; es un niño de veras. Y al decir esto, nuestro amigo sonríe tan dulcemente, su rostro revela tan inmensa alegría, que hay que convencerse que sobre todos los optimismos y pesimismos, está ese sentimiento divino del amor paternal, amor superior á todos los amores, amor que regenera, que santifica, que engrandece á todo aquel que estrecha á un hijo entre sus brazos.

La casita de nuestros amigos, ¡cuánto nos hace pensar!.... en ella encontramos el verdadero oasis donde reposa el hombre breves momentos. Es verdad que tras de esos

instantes benditos vienen las tempestades de la vida, porque los niños crecen y el pequeñuelo que no sabía dormir si su padre no lo arrullaba ó su madre no lo bendecía con sus besos, después se va á recorrer la tierra y pasan años sin que sus padres le acaricien con sus miradas, y cuando vuelve no siempre vuelve honrado; algunas veces cuando llega cerca de sus padres, estos, tienen que ir á verle en una cárcel, ó en un presidio.

Esto es horrible, pero es verdad, y no podemos sumar aun las unidades que tienen las dos cantidades la una de placer y la otra de dolor, á ver cual es mayor, si la dicha de contemplar á un pequeñuelo y decir como dice nuestro amigo. «Que nadie me diga que soy pobre, que no puede ser pobre quien tiene un hijo como este» ó el dolor inmensísimo de ver á este mismo hijo en el camino del crimen por el cual se va al presidio y no pocas veces al patíbulo.

Como nosotros por esta vez no hemos sido útiles á la humanidad, porque nuestra expiación no nos ha permitido crearnos una familia, no podemos decir donde hay más luz ni más sombra; pero como siempre se desea lo que no se obtiene, nos parece que la vida íntima de una familia, formada esta por espíritus simpáticos, es la felicidad suprema.

## II.

«Sí; en la tierra no hay más allá (nos dice un espíritu cuyo fluido nos conmueve dulcemente). Yo te he acompañado en tu paseo matutino, yo te he visto como te has detenido ante una casa dedicada á la oración, has levantado el cortinaje que cubría la entrada y asomando tu cabeza has mirado con horror un templo húmedo y sombrío diciendo con tristeza: ¡Cuántas horas se pierden en este recinto!... ¡cuántas palabras se pronuncian bajo estas bóvedas que no encuentran eco en ningún corazón! ¿cuándo comprenderán los hombres cuales son las verdaderas oraciones?... Después has seguido tu camino lentamente, pensativa y abstraída por un solo pensamiento; pensabas en tus amigos que te esperaban anhelantes, espíritus sencillos y agradecidos que te profesan un verdadero cariño y que te asocian á sus fiestas de familia como si tu estuvieras enlazada á ellos por los lazos de la sangre.

»Subiste alborozada porque sabias que los brazos de una joven cariñosa te esperaban, la que te dijo:—Ven á ver mi niño: Tú entraste en la alcoba andando de puntillas, y tu espíritu se postró reverente ante un lecho anchuroso donde reposaba el tierno infante, miraste á sus padres que sonreían con la sonrisa del justo y dijiste:— ¡He aquí el oasis de la vida! ¡dichosos los que descansan á su sombra!

»Después quisiste pesar todos los dolores que guarda el porvenir para los terrenales y dijiste: ¿Quién vivirá mejor? y yo te digo: Los que tienen familia; el beso de un hijo es una caricia de Dios, yo lo sé, Analia, yo lo sé, yo estuve en la tierra 28 años, fui un pobre obrero, en mi humilde hogar nunca faltó lo necesario ni sobró lo superfluo, mis padres se extasiaron como se extasian tus amigos mirando á su hijo; crecí entre sus caricias y á los veinte años me uní á una mujer con la cual había jugado en mi infancia, y cuando conté 22 inviernos, fui padre de dos niños gemelos hermosísimos, que me hicieron gozar lo que nunca había gozado.

»Cuando me levantaba no sabía irme al trabajo, no sabía dejar mi pobre albergue donde reposaban los hijos de mi corazón, ¡eran tan hermosos!....

»Mi buena esposa necesitaba recordarme que si no acudía puntualmente á cumplir con mi obligación, mis niños se morirían de hambre; y al oír estas palabras salía presuroso de mi hogar diciendo ¡Señor! ¡señor! ¡qué feliz soy! ... Yo andaba tan embebecido en mis amorosos pensamientos, que si una inteligencia invisible no me hubiera guiado, yo no sé á donde hubiera ido. Se puede decir que yo no estaba en la

tierra, así viví seis años, mis hijos me adoraban, su madre tenía celos y yo le decía: Déjalos que me quieran ¡pobrecitos! ¿no ves que estoy tan poco tiempo á su lado?

»Y así era en efecto, pues todo el día lo pasaba en el trabajo, y al llegar la noche, ¡cuánto gozaba mi espíritu al entrar en la calle donde estaba situada mi casa!.... porque salían á mi encuentro mis hijos, su joven madre, y los tres se disputaban mis caricias, los tres me agasajaban, los tres me hacían innumerables preguntas, los tres me registraban los bolsillos á ver si me encontraban alguna golosina, y entraba en mi hogar donde mis padres nos esperaban sonriendo como los bienaventurados.

»Mi morada sí que era un verdadero oasis; nada turbaba nuestra dicha, las enfermedades no nos hacían sentir ni sus angustias ni sus dolores, la miseria nunca llamó á las puertas de mi humilde hogar, los vicios no se atrevieron á profanar aquel recinto sagrado donde se agrupaban seis espíritus unidos por el lazo divino del amor.

Nuestros días de fiesta eran encantadores, los pasábamos en el campo viendo correr á nuestros hijos y haciendo planes para el porvenir, mi madre y mi esposa preparaban sabrosas viandas, mi padre y sus nietos jugaban como si todos tuvieran la misma edad, y yo solía dedicarme un rato á la lectura, si bien era interrumpido constantemente por mis hijos que me hacían jugar con ellos á todo cuanto querían.

»Veintiocho veces había yo visto florecer los almendros, mis hijos á los cinco años ya sabían leer, y su precoz inteligencia me enorgullecía y soñaba para ellos con un porvenir de gloria, porque el uno garrapateaba con el lápiz y trazaba sobre el papel aves con cabeza de caballo, y caballos con alas de águila, y ya creía yo ver en él un Velazquez ó un Miguel Angel, mientras el otro, muy amante de la música, modulaba dulces sonidos en una flauta de caña, y ya le admiraba yo como un segundo Mozart, y trabajábamos sin descanso mi padre y yo para hacer ahorros y poderles costear los estudios.

»¡Cuántas ilusiones! ¡cuántos ensueños de color de rosa! más ¡ay! al día siguiente de cumplir mis hijos seis años, me levanté triste, muy triste, acaricié á mis hijos con verdadero frenesí, abracé á mi esposa diciéndole al cído: ¿No es verdad que si yo me muriera no te casarías con otro.

—¿Estás loco? (me dijo ella sonriendo con ternura), te juro por la salud de nuestros hijos que nadie será dueño de mí más que tú.

»Sentí que se me quitaba un gran peso del corazón, y le dije á mi madre: Tienes que querer mucho á tus nietos ¿eh?

»Ella me miró con estrañeza y le dijo mi esposa.—No sé, no sé que tiene éste hoy, habrá tenido un mal ensueño: vamos, vamos vete á trabajar y piensa que mañana es domingo y hemos de ir lejos, muy lejos á pasar el día en la cumbre de aquella montaña donde parece, como tú dices, que se está más cerca del cielo.

### III.

«Salí de mi hogar, llegué al lugar de mi trabajo, yo era oficial de albañil, comencé á dar órdenes á los obreros y todos á una comenzaron á trabajar en los cimientos de un palacio, yo estaba al borde de la zanja triste y pensativo, mis ojos se llenaron de lágrimas pensando en mis hijos, en mis padres, y en mi esposa; sentí que de pronto la tierra faltaba bajo mis plantas, y dejé de ver la luz del sol porque un hundimiento del terreno me hizo caer, y la tierra estraída á fuerza de tantos sudores de honrados obreros cayó sobre unos veinte desgraciados que sufrieron la más horrible de las agonias, pues estuvieron enterrados en vida algunas horas, muriendo todos después de espantosos sufrimientos. Yo fuí más dichoso que mis compañeros, porque mi espíritu dejó en seguida su envoltura y huyó aterrado buscando su hogar.

» Llegué á mi casa con la velocidad del pensamiento, ví á mi esposa tranquila y confiada como siempre, ví á mi madre en alegre plática con sus nietos, yo abracé á estos con inmensa ternura, después ví á mi padre que entró como un loco gritando y llorando desesperadamente, no entendí lo que dijo, pero ví que mi esposa abrió los brazos, se llevó las manos á la frente y lanzó una horrible y estridente carcajada, mientras que mi madre abrazó á sus nietos sollozando con ese desconsuelo con que lloran las madres cuando pierden un hijo de sus entrañas.

» Mis hijos espantados lanzaron gritos, gritos tan angustiosos que me hicieron estremecer, gritos que resonaron lúgubrementemente en mi cerebro, por que decían. ¡Padre!... ¡padre!... ¿dónde estáis?... Yo abrazaba á unos y á otros, yo me acercaba á mi esposa que reía convulsivamente, siendo su risa, la que me hacía más daño, mucho más que los gemidos de los otros, después ví mucha gente que invadió mi hogar, todos lloraban, todos decían: ¡qué desgracia!... ¡qué desgracia tan inmensa!... después.... después.... no sé lo que pasó ni lo que sentí, dejé de ver, dejé de oír, dejé de percibir aquellos lamentos y aquellas carcajadas que tanto me martirizaban, y me quedé dormido sin conciencia de mi sér.»

#### IV.

» Como no había hecho daño á nadie, como mi existencia la consagré á querer á mi familia con verdadera adoración, mi sueño ni fué largo ni penoso, desperté y me encontré en mi hogar dándome cuenta de todo cuanto me había sucedido, ví á mi esposa que seguía loca, pero su locura era tranquila, mis hijos sonreían en los brazos de mis padres, y todo mi afán fué devolver la razón á mi fiel compañera.

» Durante su sueño hablé con su espíritu, inspiré á su médico y gracias á la divina Providencia, la madre de mis hijos pudo llorar recordando mi amor. ¡Cuán dichoso me creí cuando ella fué al cementerio á cubrir mi tumba de aromáticas flores acompañada de nuestros hijos á los cuales les decía:

«¡Hijos míos! besad las letras de esa lápida porque ellas componen el nombre de vuestro padre. Y los niños las besaban con cierto temor. Después se iban á correr y dejaban á su pobre madre junto á mi sepultura, la que envuelta con mi fluido, decía:

» Pepe, ¿cómo estando muerto me parece que tu aliento acaricia mi frente y que tus labios se posan en los míos? ya no estoy loca y sin embargo, locura y grande es pensar que tu me puedes estrechar en tus brazos, pareciéndome que tus manos estrechan las mías.

» Y se las estrechaba en realidad, más tuve que suspender mis manifestaciones por que ella llegó á impresionarse demasiado y mis padres creyeron que de nuevo estaba loca. Mas yo no cejé en mi empeño y al fin conseguí que llegasen á oídos de mi familia rumores espiritistas, siendo mi esposa la primera que dijo con íntima convicción: Cuan- to dicen es verdad, no son alucinaciones de mi mente conturbada lo que yo sentí en el cementerio. Pepe estaba allí, él nos llama, es necesario responderle; y mi familia en masa acudió á un centro espiritista, desarrollándose en mi esposa con asombrosa facilidad la mediumnidad de la escritura; tuvo la suerte de ser bien guiada, evitó con prudencia el abuso de preguntas indiscretas, y al fin conseguí ponerme en relación con ella, y mi pobre casita, mi oasis bendito volvió á recobrar algo de su pasada alegría.

» Ya los días de fiesta no van al campo porque consagran la tarde á comunicarse conmigo y con otros espíritus familiares, han formado un pequeño centro espiritista al que acuden espíritus en buenas condiciones. Mis hijos protegidos por los terrenales y por sus protectores invisibles hacen rápidos progresos, el uno en la pintura y el otro en la música, y á todas las magnificencias que me rodean en el espacio, prefiero mi humilde hogar donde seres adorados viven consagrados á mi memoria; y nada más gra-

to para mí que asistir á sus consejos de familia, en los cuales siempre dicen mi esposa y mis padres: *Se lo consultaremos á Pepe*, y añaden mis hijos: sí, sí, el domingo nos indicará qué debemos hacer, él no puede querer más que nuestro bien, ¿nos amaba tanto!.... Nos ama debéis decir, replica mi esposa con exaltación. ¡Dios mío! qué grande es el espiritismo! no perder más que á medias á los seres queridos es un consuelo tan inmenso, que se necesita haber perdido la razón como yo la perdí por el exceso del dolor, para apreciar en todo lo que vale la comunicación de los espíritus. ¡Hijos míos! no nos llamemos desgraciados sabiendo que vuestro padre vela por nosotros.

»Y es verdad que velo, mi pensamiento siempre está fijo en mi humilde hogar, oasis bendito donde reposé 28 años acariciado de mis padres, de mi esposa y de mis hijos, y tanto amo esos rinconcitos de la tierra donde anidan almas buenas y sencillas que visito con frecuencia el nido encantador de tus buenos amigos y gozo en verles acariciar su pequenuelo formando risueños planes para el porvenir.

»¿Qué importa que el huracán del infortunio arrebate las tejas de estos humildes cobertizos, como sucedió en la morada que yo habitaba en la tierra, que en breves segundos se quedaron á la intemperie los cinco seres que vivían á la apacible sombra de mi amor? Si aquellas horas de felicidad refrigeraron nuestros espíritus y dieron expansión á los más delicados sentimientos reposando confiadamente los unos en el amor de los otros, preparánderos para gozar mayores delicias en nuestras sucesivas encarnaciones.

»Que la crisis fué terrible es indudable; pero como todos se amaban, mis padres redoblaron sus caricias para que mis hijos no sintieran mi ausencia, mi esposa cuando recobró la razón concentró en sus hijos y en ellos todas sus afecciones, y como la unión constituye la fuerza, dominaron á las adversas circunstancias y con acopio de privaciones y economías, han conseguido resistir el ímpetu de la miseria que llegó bruscamente á dejarles su herencia de lágrimas, y hoy sonríen con la esperanza de mejorar de suerte cuando mis hijos avancen en su carrera, que son espíritus amantes del progreso y sólo anhelan el bien de los suyos.

»Son espíritus egoístas los que prefieran la soledad á sufrir las consecuencias que trae en pos de sí la creación de una familia. Cuando yo vuelva á la tierra volveré á fabricar mi humilde nido, era yo tan feliz!... y aun lo soy contemplando mi hogar y hablando con mis ancianos padres, con mis amados hijos, y mi fiel esposa que sólo vive consagrada á mi recuerdo sonriéndose dulcemente cuando piensa que yo pudiera renacer en uno de sus nietos.

»¡Bendita sea la renovación eterna de la vida! dichosos los que hemos sonreído en un hogar tranquilo y esperamos sonreir mañana en unión de los que hoy lloran nuestra ausencia.

»Yo me conceptuo feliz, si bien esta felicidad está impregnada de indefinible melancolía, pero esta influencia terrenal se irá extinguiendo y seguiré avanzando en el interminable camino del progreso.

Adios Amalia; sigue pagando tus deudas que muchas debiste contraer cuando no te has podido formar un oasis en la tierra, más confía en tu mismo trabajo que él te dará mañana la inmensa gloria de ser amada como yo lo fuí, y lo soy en la actualidad.

Adios.»

## V.

Dulcísima influencia nos ha dejado la comunicación de este espíritu, cuyas aspiraciones están tan en armonía con nuestro modo de apreciar los verdaderos goces de la vida; pues creemos firmemente que todos los honores y tesoros que puede poseer el espíritu, son humo leve que evapora el huracán de los siglos, si á ellos no está adheri-

do un nido oculto á la mirada de los indiscretos, un verdadero oasis donde crezca alegre y confiado un pequeñuelo que diga con su misma impotencia: Amadme, protegedme, que sin amor yo no podré crecer ni vivir.

Todo á su tiempo da su fruto sazonado, y el hombre sin hijos es un árbol muerto que solo espera el hacha del leñador para caer.

¡Dichosos aquellos que pueden sonreír bajo la bendita sombra de un verdadero amor!

¡Ay, de los espíritus que no merecen hallar un oasis en la tierra porque viven.... sin vivir!....

AMALIA DOMINGO Y SOLER .

---

## LA GRAN LEY

---

Cuando un espíritu atento contempla la vibrante naturaleza, en cuyo seno el alma que piensa, oye constantemente ese rítmico gemido, ese continuo hosanna, ese concierto grandioso, elocuente, conmovedor, que se eleva eternamente en el universo, en el que toman parte el átomo y la nebulosa, la microscópica flor y el baobal gigantesco, la mariposa que se cierne entre flores y el águila que audáz escala los cielos; cuando las notas de este eterno concierto, después de mecer nuestro espíritu entre sus redes, por los espacios de la admiración más profunda, levantan en crescendo sublime nuestro pensamiento que cual potente onda vibratoria, se extiende hasta comprender en sus círculos, por un esfuerzo supremo, el universo, una idea surge de nuestra inteligencia: la Unidad, pensamos, es la gran ley que rige la Creación.

Contemplamos el universo que gira, voltea, se columpia y en rápido torbellino vuelan por el infinito los mundos, los sistemas, las nebulosas con incansable actividad. Pero en medio de todo esto observamos una armonía perfecta, una solidaridad sorprendente, una unidad admirable. Todo se relaciona, todo se armoniza: el átomo se une al átomo y produce la molécula; la molécula á la molécula y nace el cuerpo; el cuerpo al cuerpo para formar el organismo; los organismos relacionándose con los organismos en sus heterogéneas é infinitas manifestaciones constituyen el mundo; los mundos unidos entre sí forman el sistema; los sistemas se agrupan para formar la nebulosa, y las nebulosas se adunan para formar esos vastísimos é incomprendibles sistemas de nebulosas que producen la unidad armónica del mecanismo universal.

Fatigado el pensamiento por este esfuerzo de reflexión, vuelve de la región esplendorosa de la luz, y al chocar con las obras de la humanidad, al hallarse en la realidad de la vida, se enciende en los abismos de la inteligencia la chispa de una nueva idea: sí, decimos "esa armonía, esa unidad que hemos admirado en la creación, ha de regir en la vida de la humanidad, como parte integrante que esta es de la creación."

Del estudio de la vida de la humanidad se deduce que, está en su marcha augusta por la escala de las edades, persigue obedeciendo á inmutables leyes, la armonía la solidaridad, la unidad suprema que existe en el universo.

Allá cuando el hombre casi salvaje daba principio en la vocalización del sonido, en el tallado grosero de la piedra y en el tosco tejido de las ramas con que formaba sus chozas, á la grandiosa epopeya, que nos había de presentar al hombre ascendiendo en la áspera senda de su perfección, se nos presentan los progenitores de la especie humana, divididos, aislados, formando tantos estados independientes como familias, con multiplicidad de creencias y de dioses. Mas tarde, conforme su enten-

dimiento racional se depura, se une más con sus iguales y en sus costumbres, en sus creencias, en su constitución política, hace modificaciones que tienden todas al cumplimiento de la ley: á cada grado de desarrollo, á cada movimiento progresivo de la raza humana, corresponde alguna innovación en todas las manifestaciones de la vida del hombre.

El pensamiento humano en sus más excelsas y esplendorosas regiones, adivina que la humanidad, obedeciendo á las evoluciones progresivas de la vida ha de alcanzar la unidad suprema, en todas sus manifestaciones, al llegar á la plenitud de su cultura. Es indubitable que la barbarie, el error, el oscurantismo, dividen y fraccionan. En los siglos de barbarie, concibe el hombre un Dios para cada dolor, para cada placer, para cada necesidad; diviniza cuantas cosas materiales ó inmateriales impresionan su espíritu; tiene asimismo una ley para cada familia, para cada pueblo; la humanidad se encuentra dividida en castas diversas, oprobio y desdicha de los hombres, y aun se establecen *diversidades* de sentimientos y de razón entre el hombre y la mujer.

Mas la verdad, surgiendo de las luminosas excelsitudes de la razón, una vez afianzado el hombre y con seguras conquistas en el terreno de su perfección y levantamiento, derriba ídolos, soterra errores y en un vuelo majestuoso y sublime del pensamiento, proclama la unidad de Dios. De aquí irradian como de facetas diamantinas, rayos de fúlgida luz, á cuyas luminosas claridades, reconoce el hombre la igualdad de la especie humana, la unidad de la razón (pues el error sostiene la desigualdad de la razón entre la mujer y el hombre), y siguiendo el impulso progresivo que informa todos los actos de la vida, sostendrá en los cielos del pensamiento, la gloriosa bandera que ya empieza á enarbolarse por aquellos hombres que sienten la nostalgia del porvenir, en la que está grabada con el cincel de la razón, la aspiración constante del hombre libre: la unificación de las leyes, constitución política y concepciones religiosas.

¿Y qué grado de insensatez no poseerá aquel que llame *eterna* ó *incommovible* á una concepción humana cualquiera, bien sea un principio filosófico, político, ó religioso etc.?

¿Y concretándonos á este último punto, no acusa ignorancia, presunción ó maldad el que impone una secta religiosa cualquiera con la pretensión de un dogma infalible?

Pero... apartemos nuestras miradas de estos profanadores de la divinidad, y procuremos apartar de sus filas á esos débiles de espíritu y anémicos de inteligencia que les siguen, entregados á la más furiosa idolatría: ultrajadores inconscientes del Señor de los seres.

Todo, todo en el universo tiende á la unidad; todo sigue la ley evolutiva del progreso. ¿Y cómo había de progresar la humanidad, cómo había de elevarse su conciencia perfectible, y sus ideas religiosas habían de permanecer estacionarias? De ningún modo. De cada grado de desarrollo de la conciencia humana, ha resultado siempre una nueva y más racional doctrina religiosa. Los ideales religiosos con sus ídolos y sus dogmas, al elevarse el hombre, ó desaparecen ó revivifican y transforman, al entrar en la circulación universal de las ideas, en más altas, puras, comprensivas y racionales concepciones.

El saludable y vivificante movimiento que se nota en el presente, en la conciencia nacional, es una evolución grandiosa del pensamiento hacia un estado más en armonía con su razón, hacia algo más elevado y alto, en una palabra, hacia una concepción religiosa, excelsa, sublime y grandiosa, que encauce los veneros del pensamiento por los caminos de la perfección, afirmando y solidificando el engrandecimien-

to de la especie. Resultando de esta idea comprensiva, verdadera y racional del Gran Sér, una más amplia y universal y pura religión natural, con límites perfectamente franqueables sin limitaciones dogmáticas que la contradigan y perviertan; una religión que teniendo por fundamento la libertad absoluta del pensamiento; por dogma el amor y por práctica el bien, sea un amplísimo seno, que lejos de dividir y separar á los hombres con la feroz intolerancia de las religiones positivas, lejos de mutilar el espíritu y endurecer el entendimiento con el nudo opresor del dogma, invite á todos los seres á entrar en su seno, fuente eterna del absoluto y universal amor, impulsando á las almas á entrar en los vastos campos de la reflexión libre, haciéndoles despertar á la observación profunda y constante de la naturaleza y adquirir un más alto y científico concepto de la vida.

Infiltrar en la conciencia de los hombres ideales de perfección y aspiraciones excelsas; proclamar en alta voz una palabra divina, síntesis de la moral más levantada: Fraternidad; derrumbar sin violencias ni vacilaciones todo aquello que fraccione, aniquile é impida á la humanidad, formando una sola familia, marche con serenidad augusta al cumplimiento de sus destinos; elevar al hombre al concepto racional de la verdadera ciencia, condición indispensable para que conozca su puesto en la realidad, y ayudarle en las evoluciones progresivas de la vida racional, evoluciones que nos acercarán á la unidad y solidaridad humanas, aproximándonos, por tanto, á la verdad, á la justicia, al bien: esta es la misión de la ciencia, el deber del hombre pensador.

¿Será preciso consignar que en manera alguna, el indagador libre debe preocuparse de los torpes y monstruosos anatemas de los que afirman, en el furor de su impotencia y en la ceguera de su fanatismo, que sólo una religión que se apodera de las ciencias con sus amenazas, de las voluntades con sus promesas, de los sentimientos desde el admirable de la fraternidad, hasta el sublime del amor filial, será la que impere en las conciencias hasta la *consumación de los siglos*? No. Esos gritos, ni les intimidan ni les ofenden.

Ellos con la clara intuición del genio, ven que el pasado huye; y huye envuelto en la oscuridad de los tiempos, con sus dioses falsos é iracundos; con la extravagancia de sus creencias; con el fuego de su intolerancia y la soberbia de sus sacerdotes; con sus leyes crueles y su feroz sistema que fracciona, aniquila y embrutece. Podrán los hombres del progreso condolerse de lo rastrero de sus miras, de la ignorancia de los que fanatizados les siguen, mutilando horriblemente los principios de una moral sencilla y levantada, pero jamás los gritos de los difamadores de la divinidad, turbarán la augusta, serena y deliciosa paz del hombre, que acariciando la santidad y grandeza de un ideal glorioso, sienten reflejarse en su conciencia los esplendores y armonías del Universo, é irradiar de su espíritu luces fulgurantes sintetizadas en el universal amor.

DOLORES NAVAS.

---

## NUEVOS EXPERIMENTOS SOBRE LA FUERZA FISICA

INVESTIGACIONES SOBRE LOS FENÓMENOS DEL ESPIRITISMO  
POR WILLIAM CROOKES, F. R. S.

*Miembro de la Sociedad Real de Londres.—Versión española de F. L. O.*

Se vende en Gracia: Cañón, 9, principal (provincia de Barcelona).

---

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.